



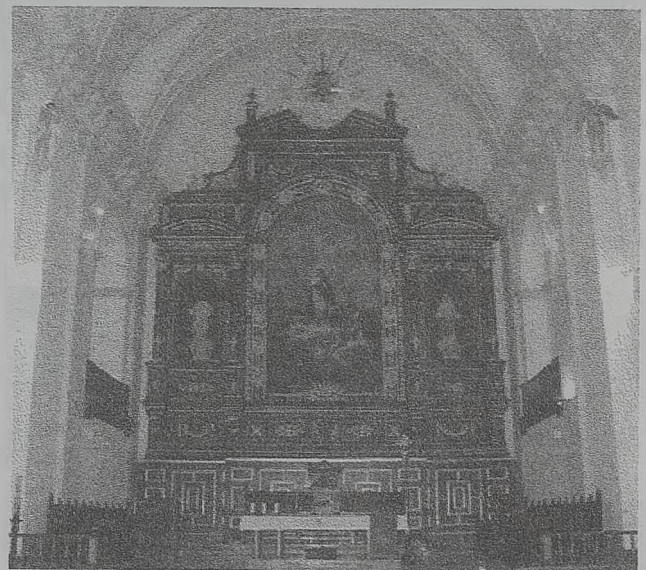
# NOTICIAS



V extendida por el monje inglés Pelagio, consistente en no admitir la transmisión del pecado original, dice que sólo le afectó a Adán y no se transmite a los descendientes, y por lo tanto los niños nacen en condiciones idénticas a como nació Adán, sin el pecado original, y que el hombre sólo con sus fuerzas naturales puede evitar todo pecado., etc.) había hecho necesaria la defensa de la transmisión universal del pecado de origen y consecuentemente de la universalidad de la Redención. Pero jamás faltaron defensores de esta verdad. Es característica la controversia surgida en el siglo XIII entre Dominicos y Franciscanos; los primeros, siguiendo a Sto. Tomás, negaban la exención del pecado original en María, aunque admitían la santificación inmediatamente después de su concepción en el útero materno. En cambio, los Franciscanos, capitaneados por Scoto, sostenían primero la posibilidad y después el hecho del privilegio mariano. Sin embargo, S. Buenaventura, que era franciscano, seguía la opinión de Sto. Tomás y San Bernardo. Además de la preocupación antipelagiana agudizó y embarulló la controversia el conocimiento imperfecto de los teólogos sobre la fisiología de la

fecundación y de la concepción. La iglesia sin prisas, pero con firmeza y prudencia, desde el Papa Sixto IV, que aprobó la fiesta de la Inmaculada Concepción, y el Papa Gregorio XVI, que incluyó este hermoso título en las Letanías y en el Prefacio, fue abriendo el camino a la solemne definición de Pío IX.

El privilegio de María se halla implícito en el texto del Génesis 3,15, donde se vaticina el triunfo de la mujer y de su prole, Cristo, sobre Satanás. Además María es saludada por el Ángel antes de la Encarnación, con el título de llena de gracia: llena de gracia divina permanentemente, palabra en la que ven los Santos Padres la significación de una santidad perfecta sin límites de tiempo. El paralelismo Adán-Eva, (esclavos de Satanás) y ruina de la humanidad, y Cristo-María (vencedores



de Satanás y salvación de los hombres) es familiar a los Santos Padres (Justino, Ireneo, Tertuliano, etc). San Efrén se expresa vivamente sobre la